

La historia del cuervo con el mayor corazón que usted alguna vez verá

“Alas negras, palabras negras” era el refrán en el cual los humanos basaban su prototipo de los cuervos. Por eso, todos los cazadores del bosque miraban con malos ojos al pequeño Martín, el cuervo con el mayor corazón que se hubiera visto alguna vez.

Sus graznidos no hacían más que alertar a los otros animales por si los humanos se atrevían a entrar y de vez en cuando se daba una vuelta por el lugar en busca de animales que podrían necesitar su ayuda, pero, aún así, el pájaro de alas negras no era muy querido en el bosque.

Era en un día como todos; Martín volaba por entre los grandes y frondosos árboles, cuando escuchó un extraño lamento por la zona este. Voló hasta allí, inseguro con lo que se encontraría. Y, sin duda, no era algo demasiado normal... El cuervo vio con sus propios y oscuros ojos a la señora Lechuza delirando, con uno de los extraños dardos de los cazadores clavado.

—¡Señora Lechuza! —exclamó Martín asustado—. ¿Se encuentra usted bien?

La lechuza, quien generalmente se dedicaba a mandarle miradas despectivas, soltó una risa loca.

—¡Mejor imposible, malvado cuervo! —dijo riendo.

Martín hizo caso omiso del apodo y, sin esperar, de un picotazo le arrancó el dardo. La lechuza se desmayó al instante.

El pequeño cuervo intentó no asustarse y, con dedicación y paciencia, se ocupó de cuidar a su compañera ave, la cual, cuando por fin despertó, totalmente recuperada, lo observó por un largo rato.

—He de tragarme mis palabras —habló por fin, sonriendo levemente (o eso era lo que se interpretaba, no es muy fácil identificar expresiones faciales en una lechuza)— Eres un buen pájaro, valeroso Martín.

El cuervo hizo una pequeña inclinación con la cabeza y se marchó volando, con el pecho hinchado de orgullo.

El rey de los monos

Era un grupo de monos
todos de color café
todos torpes y tontos,
tanto, que se tropezaban con sus propios pies.

Entre ellos, había uno que sí podía pelar bananas
y por ello, los demás lo consideraban un rey.
Pero lo cierto era que aquello
no era más que una tonta ley.

En realidad, el rey mono era uno más.
La única diferencia era
que él tenía una habilidad especial
que los demás, por torpeza, no conseguirían jamás.

Los demás monos no tenían problema alguno,
pues lo único que querían hacer
era comer, comer, comer
las ricas bananas del tonto mono rey.

(MORALEJA: en el país de los ciegos, el tuerto es rey)

Clara Casaravilla
Megan Dicser
Catalina Amann
Helena Juliá
Trinidad Lloret